

puesta fué acogida con júbilo, é inmediatamente todos en orden y con particular recogimiento, ora entonando cánticos, ora las letanías, ora recitando el rosario recorrieron los dos kilómetros que los separaban del santuario. Al llegar allí sorprendióles un alegre repique de campanas. —¿Acaso se celebraba alguna fiesta?— Nada. Nadie había dado orden de tocarlas. No se veía en la torre persona alguna; pero, con todo, el campaneó continuaba. El guardián del convento y confesor del Rey Carlos Alberto en vano intentó darse cuenta del hecho; y el caso era en verdad maravilloso, pues las campanas habían doblado solas.

Ya hemos visto en otra parte cómo fué escuchada la plegaria de esos niños (1).

1847.

### DON BOSCO MAESTRO DE ESCUELA

#### Sus primeros alumnos.

Era el año de 1847. En el Piamonte más que en cualquiera otra parte de Italia, mientras la cristiandad entonaba entusiastas *hosannas* por la exaltación del nuevo Pontífice Pío IX, la Iglesia vió aparecer contra ella una de las asechanzas más pérfidas y tenaces.

(1) *Boletín Salesiano*, noviembre de 1879.

— Lisonjead al clero y lo ganaréis, fué la palabra de orden de la masonería, observada fielmente por las logias y sus adictos de Turín. Obligados los seminaristas á estudiar teología en la Universidad, no tenían medio de evitar las calurosas ovaciones, y á los delirantes gritos de ¡Viva el clero, viva el clero! podía desde lejos adivinarse su pasaje.

No todos se engañaron con esas manifestaciones populares, y Don Bosco menos que nadie. A la verdad que á quel Domingo de Ramos bien pronto siguió la Pasión: el Seminario fué cerrado y dispersados sus moradores por las turbas revolucionarias.

Empeñóse Don Bosco en la obra de reparación. Entre los jóvenes que asistían al Oratorio y más se distinguían por su piedad, buena conducta é inteligencia notábanse José Buzzetti, Félix Reviglio, Carlos Gastini y Santiago Bellia. Había este último aprendido los ramos de enseñanza elemental; los demás habíanse dedicado á un oficio y apenas sabían escribir.

Como Jesús que amaba rodearse de los pequeños, quiso Don Bosco valerse de esos escolares para la grande Obra de los Oratorios.

— ¿Queréis ser mis auxiliares? les preguntó.

— Con mucho gusto, contestaron.

— Pero para eso será menester trabajar mucho y sobre todo resignaros á ser como este pañuelo en mis manos. Y esto diciendo apretaba en sus manos el pañuelo sacado del bolsillo; es decir,

añadió, que yo quisiera que me obedecierais en todo lo que os indicara.

Los niños, no poco extrañados por el tono singular con que les hablaba, no pusieron la menor dificultad en aceptar lo que les proponía ese sacerdote que *no era como los demás*. Comenzóse el trabajo al día siguiente, y pronto pudo notar el maestro que la ignorancia de sus discípulos quedaba en zaga á la buena voluntad. Pasando de los talleres al estudio entraron como en un mundo nuevo y desconocido.

Sin tardar Don Bosco en advertir que no se avanzaba mucho con el método ordinario, adoptó uno personal, y la experiencia dió la razón á su ingeniosa audacia: desde luego al enseñar la gramática recitábala en términos claros y bien comprensibles, y en seguida cada uno debía repetir íntegramente la explicación. Gracias á su ingenio, perseverancia y extraordinaria caridad al fin de dos meses pudo ya principiar á enseñarles el latín.

Para esto Don Bosco y los suyos se levantaban á las cuatro y media. La santa Misa, la Comunión casi diaria y la meditación ocupaban las primeras horas de la mañana; después comenzaba la clase en la cual Don Bosco no era sino un *escolar con su lección bien aprendida*. Apenas dicha ésta, los otros repetíanla ayudados y alentados cuanto era posible. Todas las materias eran enseñadas con el mismo método.

A las ocho, desayuno y recreo hasta las nueve;

luego clase hasta el medio día, y á las dos, nuevas instrucciones hasta la entrada del sol.

¿Pero podía estar el arco siempre tirante? se dirá.

Don Bosco, que en sus clases unía agradablemente la teoría con la práctica, lo había previsto todo. Tres veces por semana, de cuatro á siete de la tarde, llevaba á sus niños á paseo. Semejante régimen era muy saludable; mas no de otro modo que el artista, que constantemente acaricia cierto ideal en su mente y que no deja de dar ciertas pinceladas aún en las horas de reposo, Don Bosco jamás perdía de vista á sus alumnos y mientras se solazaban bajo los árboles de las calles de Rívoli, de la Plaza de Armas, ó de la de Nuestra Señora de los Campos, con tesón infatigable repetía las explicaciones del día hasta que quedaban profundamente grabadas en la memoria de los discípulos.

Si alguno, poco amante del estudio, con no muy buenas intenciones se quedaba atrás ó se retiraba del grupo formado por Don Bosco, el método era siempre observado con toda bondad y calma.

Este buen Padre que parecía no vivir, ni trabajar sino para los abandonados niños, hallaba aún tiempo para componer su *Historia Eclesiástica*, su *Historia de Italia* y colaborar al excelente periódico *El Amigo de la Juventud*.

En septiembre los alumnos fueron conducidos á la casa paterna de *Becchi*, tan llena de preciosos recuerdos para la familia salesiana: continuóse allí el estudio con igual empeño, y así con abnegación

y tenacidad maravillosa, al cabo de un año, los exámenes de humanidades fueron brillantes; coronáronlo las vacaciones y comenzó en seguida el estudio de la filosofía.

La Providencia proporcionó entonces una ayuda á Don Bosco, pues que apenas organizada la Obra de los *Cooperadores* dos de éstos se le ofrecieron y le sirvieron para profesores de los niños: el teólogo Don Chiaves y Don Picco.

Más tarde los alumnos convertidos en profesores contribuyeron eficazmente al mejoramiento de la enseñanza en el Oratorio. Don Bosco había dado un gran impulso á los trabajos escolásticos y pedagógicos y obtenido admirable éxito en ellos.

1847.

### EL PEQUEÑO BARBERO

Cierto día entró Don Bosco en una peluquería de Turín á hacerse la barba, y encontró allí un pequeño aprendiz que bien podía asistir los domingos al Oratorio.

— Mi amigo, ¿cómo te llamas? le pregunta.

— Carlos Gastini.

— ¿Tienes padres?

— Sólo tengo madre.

— ¿Cuál es tu edad?

— Once años.

— ¿Has hecho la primera Comunió?

— Todavía no.

— ¿Asistes al Catecismo?

— Cuando puedo, no falto.

— ¡Oh! excelente chico. ¡Y ahora me vas á hacer la barba eh!

Protesta el patrón, acusando al aprendiz de ser apenas capaz de trasquilar un perro.

— Es necesario que aprenda, dice Don Bosco.

— Sin duda, pero no martirizando á un sacerdote. Esperad un momento, señor; le veréis desempeñar su oficio con el primero que llegue.

— No, ha de ser conmigo; mi cara es como cualquiera otra, aunque con una barba de *bosco* (bosque); que vuestro muchacho me deje tan sólo la nariz y quedaré contento.

Comienza el suplicio: Don Bosco ríe y llora á la vez. Ya desollado se levanta y augura al aprendiz, con el tiempo y la paciencia, un buen porvenir.

Luego antes de retirarse le invita á verle en el Oratorio al domingo siguiente. Aceptó Carlos y cumplió la palabra. Pasó allí un día de gran contento; Don Bosco le acarició y concluidos los oficios díjole una palabra al oído, le condujo á la sacristía y habiéndole preparado le confesó.

Palabras al igual de ésa han hecho prodigios en el Oratorio; los niños llamábanlas *la palabra mágica*. En efecto lo fué con Carlos Gastini quien observó ejemplar conducta, de tal modo que no tenía reparo en censurar las palabras demasiado libres proferidas á veces por los parroquianos de la peluquería.

A poco murió su madre dejándolos á él y su hermana en la mayor miseria. El propietario de la casa en que vivían, y á quien de tiempo atrás no se le habían podido pagar los arrendamientos, despidió sin piedad á ambos huérfanos. Tenían éstos otro hermano soldado, pero que no podía ayudarles, y así quedaron solos en el mundo.

Un día Don Bosco encontró en el *Rondó*, cerca del Oratorio, al pequeño barbero que lloraba á mares; é informado de lo ocurrido, le recogió á la vez que consiguió colocar á la pobre hermanita huérfana en el hospicio de Casale Monferrato.

Carlos Gastini aprendió el oficio de encuadernador y actualmente es jefe de taller en el Oratorio, buen padre de familia, excelente obrero y fervoroso cristiano.

1848.

### ATENTADOS CONTRA LA VIDA DE DON BOSCO

Con motivo de la libertad concedida por el Rey Carlos Alberto á los judíos y valdenses, á principios de 1848, agitáronse extraordinariamente las diversas sectas.

Con pretexto de propaganda, sembrábanse entre el pueblo las más pérfidas calumnias contra el clero, de tal modo que un sacerdote ni siquiera podía andar tranquilamente por ciertos barrios de Turín.

Por otra parte Don Bosco y su Oratorio no podían ser mirados sino con odio y profundo desagrado en el arrabal de Valdocco, madriguera de multitud de sospechosas industrias, jugadores, bebedores, y advenedizos de varias especies, los cuales no retrocedían ante ningún peligro para impedir la invasión de lo que consideraban como dmoinio propio.

Estas diversas circunstancias explican en parte la guerra encarnizada hecha á este pobre sacerdote.

Un día que hacía el catecismo en la capilla, abiertas las ventanas y rodeado de niños, le tiraron un balazo. La bala pasóle entre el brazo y el pecho, le rompió los hábitos y fué á embutirse en el muro. Levantáronse todos espantados; mas Don Bosco sonriente é impassible les dijo: Es un desgraciado músico. Si la Santísima Virgen no hubiera intervenido me habría hecho caer. En seguida mirándose la sotana añadió:—¡Oh pobre sotana! mucho siento lo que te sucede, pues eres mi único abrigo.

\*  
\*\*

En otra ocasión que se hallaba también con sus niños escapó milagrosamente de las manos de un asesino que con un enorme cuchillo se precipitó sobre él.

\*  
\*\*

Una tarde llaman á la puerta del Oratorio y ruegan á Don Bosco ocurra sin demora á una casa

del barrio de Valdocco donde decían se estaba muriendo una mujer.

La noche era oscura y, pues el buen Padre recientemente se había librado de una alevosía, no querían los suyos dejarle salir; mas como Don Bosco declarara que era su voluntad acudir pronto á la enferma, hubieron de obedecerle á la vez que le acompañaron cuatro estudiantes capaces de protegerle en caso necesario.

Llegan á una casa sola y apartada; dos de los jóvenes quedan fuera y los otros dos suben hasta la puerta de la estancia en que entra únicamente Don Bosco.

A su ingreso levántanse cuatro mocetones que con falsa sonrisa le dan las buenas noches; eran gentes de mala traza, á ninguno de los cuales faltaba un grueso bastón en mano.

Bien lo advirtió Don Bosco; pero sin manifestar recelo alguno aproximóse al lecho de la supuesta enferma, cuyo semblante desmentía la simulación.

— Y bien, mi buena señora ¿deseáis confesaros?

— Ciertamente, responde con robusta voz aquella; pero antes es necesario que ese pícaro, miserable que veis ahí y que es mi cuñado, me pida perdón, y vomita un torrente de injurias.

— ¿Quieres callarte, gusano asqueroso? grita uno de los asistentes, que dando una manotada echa á tierra la única vela.

Queda la pieza completamente á oscuras y Don Bosco recibe en el mismo instante un bastonazo

que le habría aterrado si no le hubiera resbalado sobre las espaldas. Sin perder la serenidad toma en el acto una silla y con ella se defiende la cabeza. Los golpes llueven como granizo sobre el casco improvisado que le protege; pero por fortuna consiguiendo ganar la puerta, puesta la mano en el picaporte, arroja la silla sobre los malvados y se encuentra en medio de los dos jóvenes que le esperaban (1). Todo esto ocurrió tan rápidamente que los conjurados quedaron sorprendidos é inmóviles.

Una vez en la calle, los alumnos de Don Bosco espantáronse al verle cubierto de sangre. Felizmente no había recibido ninguna herida grave; sólo, al cubrirse con la silla la cabeza, un golpe recibido en el pulgar de la mano izquierda le había abierto la carne hasta el hueso.

\*  
\* \*

Recordaremos otro peligro de que en diciembre de 1881 escapó Don Bosco.

Hallábase en su estancia en el Oratorio de Turín, cuando llegó á él un sujeto de buena presencia que había solicitado introducción. Comienza este individuo á referir diversas cosas y poco á poco se anima y gesticula exaltado. Don Bosco que le escuchaba atentamente, en cierto momento,

(1) Uno de éstos era Juan Cagliero, hoy Obispo de Magida y Vicario Apostólico de la Patagonia septentrional y central.

observa que un revólver de seis tiros, cayendo del bolsillo de su interlocutor, se desliza sobre el sofá en que ambos se sentaban; toma tranquila y cautelosamente el arma y la esconde bajo la sotana.

A poco el desconocido se toca los bolsillos, los registra, busca en el suelo.

—¿Qué se os ofrece, estimado señor? ¿se os ha perdido alguna cosa?

—Sí, yo no sé donde he puesto...

—¿Qué cosa?

—Nada, nada.

Y sigue buscando, mira bajo el sofá y hasta va á la antesala donde estaba el secretario de Don Bosco.

—¿Habéis aquí encontrado algo? le pregunta.

—Absolutamente nada, señor.

Vuelve, y entonces Don Bosco con imperturbable serenidad le fija la vista y presentándole el revólver le dice:

—¿Es sin duda esto lo que buscáis?

Lleno de turbación quiere aquél tomar el arma; mas Don Bosco la retira y con enérgicas palabras le reprocha su inicuo intento. Escúchale el culpado confuso y estupefacto y por fin confiesa haber venido á matarle; pero que renuncia á tal propósito.

Don Bosco abre la puerta y devolviéndole el arma le dice:

—Podéis retiraros; ¡qué Dios os ilumine y se digne usar con vos de misericordia?

Veremos en el capítulo siguiente otras circuns-

tancias en que Don Bosco fué protegido de un modo singular y extraordinario por la Divina Providencia.

1849.

### EL PERRO DEFENSOR DE DON BOSCO

El barrio de Valdocco presenta hoy bien diverso aspecto del que tenía al fundarse el Oratorio; las casas, mucho menos numerosas entonces, hallábanse, en partes, separadas por campos incultos y matorrales, y quedaban en los afueras de la ciudad; por esto cuando llegada la noche Don Bosco no se había aún recogido, los suyos le esperaban con manifiesta inquietud. Las tierras baldías por donde debía pasar eran favorables para cualquiera agresión y nadie ignoraba que varios malvados habían jurado matarle.

Instábanle todos á usar gran precaución y prudencia; mas en tratándose de desempeñar el sagrado ministerio ó del interés de los niños nada era suficiente á retenerle.

Una vez que, entrada la noche, volvía apresuradamente de la ciudad no dejó de sorprenderse al ver junto á sí de un momento á otro un enorme perro de color gris. Su temor no duró más que algunos instantes, pues el animal esmeróse en acariciarle, y sin apartarse acompañóle al Oratorio y desapareció.